

# Comercio y trabajo

Por GERMAN BERNACER

Ya he hecho observar alguna vez que todas las preocupaciones del mundo económico se centran en el problema de la ocupación. Examinado en artículos anteriores de esta Revista cómo distinguidos economistas ven este problema en relación con la mecánica monetaria y con la reconstrucción tras los estragos de la guerra (1), dos libros publicados recientemente en Inglaterra me permiten cerrar el ciclo, relacionando el problema del paro con un tercer factor importante de él: el comercio exterior, cuestión que las últimas incidencias de los cambios han colocado en primer plano.

La cuestión no puede ser más luminosamente planteada, que lo es en el siguiente párrafo del primero de dichos libros: «Una de las consecuencias de la desocupación en masa fué que todos los países que la sufrieron miraban las exportaciones como deseables, porque ayudaban a mitigar el paro, y juzgaban las importaciones indeseables por suponer que conducían a lo contrario.

Argüíase que cuanto mayor era el aumento de las exportaciones y mayor la reducción de las importaciones, mayor era el nivel de ocupación de que se podía gozar. Se consideraba preferible cambiar mucho por poco que poco por mucho. Esa desastrosa y falsa ilusión, al engrescar a unas potencias contra otras en un intento absurdo de vender sin comprar, hizo imposible la cooperación económica internacional y agravó la fricción política. Fué su consecuencia inevitable el aumento progresivo de los aranceles y de otras restricciones del tráfico, a fin de reducir las importaciones, así como acciones estatales de diversa especie—algunas de dudosa moralidad—para aumentar las exportaciones. Estas medidas venían, en suma, a agravar el problema de la desocupación contra el cual iban dirigidas» (2).

(1) EL ECONOMISTA. 26 de abril y 4 de octubre de 1947.

(2) *Britain and World Trade*, publicación del P. E. P. (*Political and Economic Planning*). Londres. Junio de 1947, páginas 1 y 2. El P. E. P. es un arcópagó de especialistas de diversas actividades (industriales, comerciantes, burócratas, elementos sindicales y universitarios).

Es una chocante paradoja sobre la cual he llamado con frecuencia la atención, ésta que conduce a combatir el intercambio, al mismo tiempo que se reconoce que el comercio es uno de los pilares fundamentales de la prosperidad. Gracias al comercio es posible la división del trabajo entre las naciones, la especialización productiva que permite multiplicar la producción por doquier mediante el empleo de medios progresivos de producir en gran escala, elevando así los tipos de vida en todos los países.

Pero la clave de esta paradoja se halla en otra, en ese fenómeno absurdo de las crisis que siembra periódicamente la ruina en medio de la prosperidad, desarrolla la superabundancia en medio de la pobreza de las masas, engendra el paro y la miseria como fruto al parecer del progreso, y lleva a los países a la más aguda competencia para liberarse de este mal endémico, no a la sana competencia por la superación en bien común, sino a la áspera rivalidad que hace ver en los demás a los enemigos de la prosperidad propia. Y no se acuse a la guerra de tamaños males, que vienen en plena paz y tanto más ciertamente cuanto mayor es la seguridad y optimismo en el trabajo. La guerra sobreviene casi siempre buscando salida a una situación insostenible que excita todos los recelos y todas las rivalidades. La paz pierde valor cuando no es mucho mejor que la guerra.

Mientras esto perdure, será difícil que se logre abrir los caminos del comercio mediante artífugos tales como el Fondo Monetario Internacional. Cuanto más facilidades halle el intercambio, mayor será la necesidad sentida por las naciones de defenderse contra la competencia de las demás. Es una contradicción interna que corroe la entraña misma de la economía mundial, hermana gemela de ese otro cáncer que mina la economía interna de cada país: la crisis y depresión, más fuertes cuanto mayor es el progreso técnico. La lucha contra el comercio es cosa muy antigua; si se consiguió atenuar un poco en el siglo pasado por efecto del racionalismo y del optimismo económico, ha vuelto a agudizarse de tal modo en los tiempos actuales, que el comercio internacional va siendo ahogado progresivamente por las medidas autárquicas y de defensa de los cambios. Se creyó durante algún tiempo que esto era efecto de la influencia de las Empresas capitalistas contra la competencia extranjera que les disputaba el monopolio del mercado interior, pero los regímenes socialistas se han mostrado más celosos si cabe del exclusivismo, hasta el punto de que el país de la dictadura del proletariado es aquel en que el comercio internacional se halla sometido a un régimen, más eficaz de asfixia.

Para la Gran Bretaña, el problema gira sobre todo alrededor de su relación económica con Norteamérica. Una depresión o una crisis en la Gran Confederación del Misisipi tiene la máxima repercusión en la economía del mundo, y de rechazo puede herir mortalmente los planes de recuperación y a la vez de realización de la plena ocupación que Inglaterra medita. He aquí cómo se expone la cuestión en el segundo de los libros aludidos: «El propósito de la Gran Bretaña de recuperar y elevar su tipo de vida de anteguerra depende ante todo de la rehabilitación de un sistema estable de comercio multilateral en el mundo, dentro del cual todos los participantes gocen plenamente las ventajas de una división internacional del trabajo; depende en segundo lugar del éxito con que la industria británica aumente su eficacia y abandone la complacencia y derrotismo de los años interbélicos. La primera consideración no depende de Inglaterra solamente, sino de la política económica y de las directrices de los Estados Unidos en los negocios mundiales y de la estabilidad de la economía interna de América,

país que no supo adaptarse al hecho de haberse convertido después de la primera guerra mundial en la mayor potencia económica del mundo, con el 36 por 100 de la producción total de hierro bruto, el 40 por 100 del cobre, el 30 por 100 del plomo y del aluminio, el 35 por 100 del cinc y del acero, el 33 por 100 del carbón, el 63 por 100 del petróleo, concentrando una producción superior a la de Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y el Japón juntos, y disfrutando su población, que es sólo el 6 por 100 de la mundial, de un tercio de la renta aproximada de la Humanidad toda» (3).

Hay que tener en cuenta que Norteamérica, que compró en 1933—un año de relativa depresión—el 69 por 100 de las exportaciones mundiales de seda, el 59 por 100 del aceite de algodón, el 56 por 100 de los plátanos, el 49 por 100 del café, el 40 por 100 del estaño y el 38 por 100 del caucho, redujo sus exportaciones globales en la gran depresión de 1932 a la tercera parte de las de tres años antes, haciendo caer enormemente los precios de las materias primas y sumiendo a los países productores de ellas en tremenda crisis, lo que repercutió a su vez en falta de medios de éstos para comprar las manufacturas americanas, con lo cual causó la baja de precios en ellas, facilitando su competencia con los demás países industriales, aun en los mercados interiores de éstos y obligándolos a defenderse con medidas de guerra comercial. La libertad de comercio, reconocida como base de la prosperidad del mundo, resulta de este modo imposible de realizar, por muy buena voluntad que exista. Todo depende, pues de que en América se logre estabilizar la economía, en América y en todo el mundo; pero parece que el carácter dominante de la economía americana hace de ésta el punto central de que la estabilidad debe irradiar (4).

¿Son eficaces para conseguirlo las soluciones que se proponen? No parece extremadamente dudoso. Los expositores del problema se muestran más acertados en señalar las causas del mal, que en aportar remedios eficaces. Su atención se dirige principalmente a un ataque frontal de la cuestión buscando la solución en acuerdos internacionales, como el del Fondo Monetario Internacional, la Organización Internacional del Comercio, la Oficina Internacional del Trabajo, el Banco de Reconstrucción, la Organización de Alimentación y Agricultura, hermosas concepciones que funcionan admirablemente sobre el papel y mientras no hacen falta, es decir, mientras hay abundante demanda y todo se vende, pero que fallan en el momento en que vienen las malas y sueña el «sálvese quien pueda». Si no se ataca la causa radical del mal, será difícil que todos esos expedientes logren algo positivo.

Esta de la depresión es una máquina que se pone en funcionamiento en cuanto se origina la primera baja de demanda en cualquier punto del organismo económico mundial. Automáticamente el fenómeno determina dificultades en la demanda de otros países faltos de los medios de comprar, ya que no hay que olvidar el hecho de que se compra con los productos de las ventas propias, y si éstos disminuyen, disminuyen «ipso facto» las posibilidades de demandar. De aquí resultan bajas generales de los precios en el mercado internacional, presión de las mercancías para entrar en los mercados interiores en competencia ruinosa con los productos similares propios, de donde nacen medidas recíprocas de represión comercial. Los únicos remedios eficaces serían aquellos que impidiesen la depresión original; los que tienden a corregir el mal una vez producido y ya en marcha, no creo que puedan esperar mucho éxito.

(3) *Britain and Export Trade*, editada por Mark Abrams, con trabajos de diferentes colaboradores. Londres, 1946. Pilot Press.

(4) Véase especialmente el capítulo IX de la publicación antes citada del P. E. P. ("Defensa inglesa contra una depresión" y el anexo "Política de cambios bajo el Fondo Monetario Internacional", pág. 175).